

JAVIER TAFUR

o el misterio de la poesía

Por Héctor Moreno

Desde hace muchos años he venido siguiendo, con adicta atención, el trabajo intelectual de Javier Tafur González, rico y diverso, sostenido por altas tensiones, que va desde el atisbo biográfico, hasta el cuento, teniendo como centro esencial la poesía. No sólo es un escritor, es una atmósfera y un clima espiritual, como aquel que determinó el tránsito de Rilke, sin que pretenda compararlo con el gran poeta alemán, sino tan sólo aludir al pausado temblor que preside la instancia del acto creativo.

Alguna vez me detuve en las páginas escritas sobre Jovita Feijoo, ese personaje decimonónico que encarnó la locura del trópico y se aposentó, para siempre, en los claustros barrocos de nuestra calles, con su mueca alegre y alienada. Aprendí allí que los elementos formales pueden servir para determinar la filiación "local" de una obra, pero en su esencia, esa obra se define por su "concepto", inscrito en las variables de las escuelas estéticas, que determinan, al final, su validez universal, con abstracción de lo local, de lo nacional, de lo provinciano, de lo parroquial.

En las páginas de Tafur González, Jovita, hace los esponsales de la locura ibérica, con el trópico fantasmal y alucinado, sin que hasta ahora nos hubiéramos dado cuenta, a no ser por las connotaciones que surgen de la lúdica biografía, escrita por el poeta caleño, en ritmo de "salsa" y ecos de quejumbre ancestral. Por ello hay allí un "aire" que huele a realidad; pero no, por supuesto, a la literal, objetiva y fotográfica, sino a la realidad más honda, casi abismal, que sirve para otorgar definitivo sentido a la primera y embustera versión que suelen proponer las apariencias.

Tafur González ha fundado su propia editorial. Se llama "Otra vuelta de tuerca", una bella empresa romántica en consorcio con el pintor Hernando Tejada, de cuyo entusiasmo han surgido una preciosas ediciones de sus libros, hechos como en "apagada tela

antigua", con destino acaso de codicioso coleccionista, pero con el egoísmo natural y necesario del hombre inteligente.

Ha publicado varios mini-tomos, pero sólo he podido leer "ocarina" y "Los inquilinos del sueño", pues estos libros, como liebres, saltan y se pierden en todas las bibliotecas. Ocarina, con su inefable reminiscencia andina, nos convoca, en la brevedad y delgadez de sus sílabas, todo el mundo de las nostalgias entrañables que rondan por el alma del hombre:

"Algunas veces
apenas somos
el deseo de ser;
todo lo demás
se nos escapa..."

En "Los inquilinos del sueño", su última obra, el género del cuento alcanza otra dimensión y otra categoría y parece volver a un tiempo más amable de la escritura, como cuando Julio Cortazar inició su periplo de Famas y Cronopios, en un contrapunto brillantísimo de seres tocados de humor y travesuras, con otros dominados por la solemnidad y el atildamiento. Personalmente me ha fascinado su relato "La visita", pues nada hay más parecido a ese ser fastidioso y cotidiano, que nos visita todos los días, que uno mismo.

recientemente alterné en una charla, en la Cámara Junior de Cali, con el maestro Enrique Buenaventura y Javier Tafur, sobre ese tema fascinante de la paz, en las coordenadas de la literatura latinoamericana, que sirvió, en el fondo, para un coloquio sobre el destino mágico de la poesía.

Sobre el concepto de Wilhem Dilthey, contenido en su "Poética", en torno a que "la poesía está penetrada por el sentimiento de que es ella misma la que debe dar la interpretación auténtica de la vida", Javier Tafur nos convocó a la muerte del Demiurgo, ese ser omnipresente y omnisciente que ha presidido, autocráticamente, el destino de la palabra en todas las edades, con un antipático acento feudal, para dar paso al fluido discurrir de las simples palabras del hombre cotidiano, palabras que hacen y deshacen el universo, como decía Apollinaire.

Entramos, pues, al territorio de la "suprema ficción", en el cual los poetas nacen y se asombran, sin aprender mucho de la vida, pues su destino esencial es maravillarse de ese milagro. Por ello, Javier Tafur, terminó su charla con estas palabras: "La poesía es fuego y aquel que se aproxima ha de estar encendido o encenderse".

Cuando un poeta escribe, empieza por una invitación a lo desconocido. Lo que vendrá después, será ineluctable y escapará a su dominio febricitante. Conciente de esa "sucesión de ejercicios mágicos", un poeta actual como Laureano Alba, pudo escribir. "Lo cierto es que ninguno de nosotros ha sabido en qué lugar secreto se origina la magia de la sabiduría y la exactitud de la ensoñación".